

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

575

mayo 1998

DOSSIER:

José Luis Cuevas

Rainer Maria Rilke

Tres esbozos

Jean Starobinski

¿Es posible definir el ensayo?

Jorge Edwards

Los años de la difícil juventud

Una carta inédita de Jorge Luis Borges

Entrevista con Fernando Chueca Goitia

Ilustraciones de José Luis Cuevas

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

DIRECTOR: BLAS MATAMORO
REDACTOR JEFE: JUAN MALPARTIDA
SECRETARIA DE REDACCIÓN: MARÍA ANTONIA JIMÉNEZ
ADMINISTRADOR: MAXIMILIANO JURADO

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACION INTERNACIONAL

Cuadernos Hispanoamericanos: Avda. Reyes Católicos, 4
28040 Madrid. Teléfonos: 583 83 99 - 583 84 00 / 01 / 02
Fax: 583 83 10 / 11 / 13

IMPRIME: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)
Herreros, 42. Polígono Los Ángeles. GETAFE (Madrid)

Depósito Legal: M. 3875/1958 - ISSN: 1131-6438 - NIPO: 028-98-001-6

** No se mantiene correspondencia sobre trabajos no solicitados*

575 ÍNDICE

DOSSIER José Luis Cuevas

PHILIPPE SOUPAULT	
<i>La personalidad</i>	7
SEBASTIÁN SALAZAR BONDY	
<i>La miseria humana</i>	11
MANUEL MUJICA LÁINEZ	
<i>Dolor, angustia y lirismo</i>	13
JAVIER ARNALDO	
<i>José Luis Cuevas, armado con su firma</i>	15
J. A.	
<i>Una conversación con José Luis Cuevas en Madrid</i>	19

PUNTOS DE VISTA

JEAN STAROBINSKI	
<i>¿Es posible definir el ensayo?</i>	31
RAFAEL-JOSÉ DÍAZ	
<i>Tres esbozos del último Rilke</i>	41
RAINER MARIA RILKE	
<i>Tres esbozos</i>	45
MARIO BOERO	
<i>Paulo Freire: memoria y perfil de su pensamiento</i>	47
JORGE EDWARDS	
<i>Los años de la difícil juventud</i>	53
JAVIER GARCÍA G. MOSTEIRO	
<i>Entrevista a Fernando Chueca Goitia</i>	61
ADRIANA MANCINI	
<i>Amo y esclavo: una relación eficaz</i>	73

CALLEJERO

CARLOS MENESES	
<i>Una carta juvenil de Borges</i>	89

CÉSAR LEANTE

¿Castellano o español? 93

JOSÉ AGUSTÍN MAHIEU

Cine español en ascenso 97

JORDI DOCE

Carta desde Inglaterra. Españoles en Oxford 103

DANIEL LINK

Carta de Argentina. Historia y novela negra 109**BIBLIOTECA**

JOSÉ FRANCISCO RUIZ CASANOVA

La realidad entera: Ángel Crespo 121

BLAS MATAMORO

Los cuentos reunidos de Juan José Hernández 126

CONCHA GARCÍA

Pruebas de escrituras 128

B. M.

El reverendo Dodgson y sus amiguitas 131

JORGE ANDRADE

El debate prohibido 134

JAVIER ARNALDO

Sebastià Gasch, el crítico como vanguardia 136

JOSÉ MARTÍNEZ CARDÓS

Un clásico de la diplomacia española 139

CONCEPCIÓN GONZÁLEZ-BADIA

Completamente viernes 142

J. M. CUENCA TORIBIO

La verdad sobre Tierno Galván 144

J. M. C., B. M.

Los libros en Europa 146**Agenda:** *El Premio Tirso de Molina 1998* 151**En América:** *Borges, una vez más* 151**El fondo de la maleta:** *Edipo fin de siglo* 153**El doble fondo:** *Octavio Paz (1914-1998)* 154

¿Es posible definir el ensayo?

¿Es posible definir el ensayo, una vez admitido el principio de que no se somete a ninguna regla? ¿Qué poder cabe atribuir a esta forma de escritura, cuáles son, en definitiva, sus condiciones, sus deberes, sus apuestas?

Lo importante es la eficacia actual que se puede asignar al ensayo y las obras futuras que se podrán inventar en su registro. Pero, con todo, no resulta inútil echar una ojeada retrospectiva en dirección a su etimología y sus orígenes. Antes que nada, ¿de dónde proviene la palabra? Su historia se compone de muchos elementos notables y no merece ser desdeñada. Sólo interrogaré a la palabra *ensayo*, dejando de lado, no sin lamentarlo, los vocablos latinos que los contemporáneos de Montaigne han utilizado para traducir el título de su libro: *conatus*, *tentamina*, etc.

Essai se conoce en francés desde el siglo XII y proviene del bajo latín *exagium*, balanza; ensayar deriva de *exagiare* que significa pesar. Cerca del término se halla *examen*: aguja o lengüeta del fiel de la balanza y, por extensión, acto de pesar, examen, control. Pero otra acepción de *examen* designa el enjambre de las abejas, la bandada de los pájaros. La etimología común sería el verbo *exigo*, empujar hacia afuera, expulsar, más tarde exigir. Desde luego, es muy tentador que el sentido nuclear de las palabras actuales deba resultar de lo que han significado en un remoto pasado. Decir ensayo es decir pesada exigente, examen atento, pero también enjambre verbal que libera su impulso. ¿Por qué singular intuición el autor de los *Essais* hizo labrar una balanza en su medalla, añadiéndole la divisa *Qué sé yo?* Este emblema —destinado, por cierto, si los platillos están equilibrados, a simbolizar el espíritu en suspenso— representaba también el acto mismo del ensayo, el examen de la posición del fiel. Recurriendo a la misma metáfora de ponderación, Galileo, fundador de la física experimental, llamará *Il saggia-tore* a la obra publicada en 1623. Si seguimos interrogando a los léxicos, aprenderemos que *essayer*, en el Este y el Sur de Francia competía con *prouver* y *éprouver* (probar y comprobar, pero también experimentar), concurrencia interesante que hace del ensayo un sinónimo de puesta a prueba o búsqueda de una prueba. Se trata, convengámoslo, de cartas de nobleza

semántica que nos llevan a admitir que la mejor filosofía es la que se manifiesta bajo la forma del ensayo.

Prosigamos por un momento la historia de la palabra. Su fortuna se extendió fuera de Francia. Los *Essais* de Montaigne tuvieron la suerte de ser traducidos y publicados en inglés por John Florio en 1603 e impusieron su título, si no su estilo. A partir de Sir Francis Bacon, se empiezan a escribir ensayos al otro lado del Canal. Cuando Locke publica su *Essay concerning Human Understanding*, la palabra ensayo no anuncia ya la prosa primeriza de Montaigne, sino que señala un libro que propone ideas nuevas, una interpretación original de un problema controvertido. Y con este valor la palabra será frecuentemente empleada. Pone en guardia al lector y le hace esperar una renovación de perspectivas, o al menos el enunciado de unos principios fundamentales a partir de los cuales será posible un nuevo pensamiento. Voltaire trastorna el conjunto de los hechos históricos en su *Essai sur les mœurs*; el acta inaugural de la filosofía de Bergson se titula *Essai sur les données immédiates de la conscience*. Diderot, cuyo pensamiento armoniza a menudo con el de Montaigne, aporta una confirmación: «Prefiero el ensayo al tratado; un ensayo que me arroja algunas ideas geniales casi aisladas, que un tratado en que esos gérmenes preciosos acaban sofocados bajo el peso de las reiteraciones» (*Sur la diversité de nos jugements*).

En cualquier caso, hay que tener cuidado de creer que la historia de la palabra *essai* y sus derivados sea un recorrido uniformemente triunfal. He celebrado hasta ahora la eminente dignidad del ensayo, pero debe admitirse que no le ha sido reconocida universalmente. El ensayo, al menos para algunos, tiene sus manchas e indignidades y de ellas es responsable la palabra misma. El ensayo, el golpe de prueba, no es más que una aproximación preliminar. Quien quiera llegar ¿no debe hacer algo más?

No es la lengua francesa sino la inglesa la que, a principios del siglo XVII, inventa la palabra *essayista*, que desde sus comienzos comporta algo peyorativo. Se lee en Ben Jonson: *Mere essayists, a few loose sentences, and that's all!*: «Unos meros ensayistas, algunas frases descosidas y nada más». Parece que la palabra *essayiste* fue llevada tardíamente a Francia. Se la encuentra en 1845 en Théophile Gautier con el sentido de «autor de obras sin profundizar». Constatemos la sospecha de superficialidad que se liga con el ensayo. Montaigne mismo ofrece armas a los detractores del género. Ironiza o finge ironizar sobre su libro, pues sus estrategias son sutiles, al declarar que sólo pretende «desflorar, pellizcar la cabeza» de los temas escogidos: que no se le tome por un docto, por un hacedor de sistemas, por un autor de macizos tratados. La cabeza es la flor, no la raíz. Hay especialistas y artistas para investigarla. Él sólo escribe por placer, sin buscar una

retahila de citas y comentarios. Pero hay que constatarlo: los doctos lo despreciaron o, por mejor decir, se detuvieron en la diferencia de los géneros, defendiendo el profesionalismo del saber, del cual Montaigne, quizá por orgullo nobiliario, creía estar fuera de sospecha. La universidad, en el apogeo del período positivista, tras fijar las reglas y los cánones de la investigación exhaustiva y seria, rechazó tanto el ensayo como el ensayismo, arrojándolos a las tinieblas exteriores, a riesgo de prohibir, a la vez, el brillo de su estilo y sus audacias de pensamiento. Visto desde el aula y evaluado por el tribunal de tesis, el ensayista es un amable aficionado que se encuentra con el crítico impresionista en la zona sospechosa de lo no científico. Y es cierto que, perdiendo su substancia, el ensayo pudo derivar en crónica periodística, panfleto polémico, charla de bueyes perdidos. Estos subgéneros del ensayo no merecen, desde luego, un desprestigio particular. La crónica puede devenir pequeño poema en prosa; el panfleto, si lo escribe Benjamin Constant, puede ser *De l'esprit de conquête*; la charla puede encarnarse en la voz de Mallarmé. Pero una cierta ambigüedad sigue persistiendo. Lo digo con franqueza: si me dijeran que practico el ensayismo, me sentiría ligeramente herido, lo tomaría como un reproche.

* * *

Miremos imaginariamente la portadilla del libro en la edición de 1580: *Essais de Messire Michel, Seigneur de Montaigne, Chevalier de l'Ordre du Roi et Gentilhomme ordinaire de sa chambre*. Montaigne despliega todos sus nombres y títulos, y se vale de ellos.

Messire Michel figura en caracteres bastante mayores que la palabrita *Essais* que se aísla en la línea superior. Este título revela a la vez algo que se esquivo y algo que provoca: no dar pasto, en esos tiempos de intolerancia, con unas tesis demasiado afirmativas, a las acusaciones de herejía e impiedad. La inclusión en el *Index* tardó varios decenios. ¿Qué argumento puede dar a la censura religiosa un pensamiento cuyos productos, en su pluralidad aparentemente incoherente, se definen como esbozos, tentativas, fantasías, imaginaciones irresueltas? Es decir: no se pasa de un intento de pensar. Más aún: «Voy inquiriendo e ignorando» o «No enseño, narro». Se anuncia que no ha de buscarse en el volumen materia para litigios doctrinales. La humildad, mera apariiencia, no es más que un alarde. Montaigne sabe perfectamente que se denomina ensayo al uso de una piedra de toque, de las que permiten determinar con firmeza la naturaleza y el título de un metal. Y declarándose autor de ensayos, Montaigne propone un desafío. Deja entender que un libro merece ser publicado, aunque permanezca inacabado, aun si no trata de ninguna esencia, si sólo ofrece una experiencia

inconclusa, si apenas consiste en unos ejercicios preliminares, con tal de que se relacione estrechamente con una existencia, la existencia singular de Messire Michel, Seigneur de Montaigne. No soy el primero en señalarlo. Es necesario que la importancia del individuo, de la persona (digámoslo con la palabra que Denis de Rougemont cambió tanto de sentido) sea tan considerable, fuera de toda consagración religiosa, histórica o poética, para que el primer gentilhombre que aparezca se preocupe en mostrarnos sus *ensayos*, en revelarnos sus *condiciones* y *humores*.

¿Con cuáles objetos y realidades ensaya Montaigne y cómo lo hace? Tal es la pregunta que debemos formularnos con insistencia si queremos comprender lo que está en juego en un ensayo. Constatemos ante todo que lo propio del ensayo es lo plural, lo múltiple, lo que legitima el plural del título *Essais*. No se trata sólo de tentativas reiteradas, de pesadas repetidas, de golpes de prueba a la vez parciales e infatigables. Esta pretensión de comienzo, este aspecto incoativo del ensayo, son seguramente capitales, porque implican la abundancia de una energía jubilosa que no se agota nunca en su propio juego. Y, más allá, su campo de aplicación es ilimitado, y la diversidad con la que se miden la envergadura de la obra y la actividad de Montaigne, nos dan desde la creación del género un panorama muy exacto de los derechos y privilegios del ensayo.

A primera vista digamos que se pueden distinguir dos vertientes del ensayo: una objetiva y otra subjetiva. Y añadamos en seguida que el trabajo del ensayo trata de establecer entre ambas vertientes una relación indisoluble. El campo de experiencia, para Montaigne es, ante todo, el mundo que se le resiste, son los objetos que el mundo le ofrece, es la fortuna que juega con él. Tal es la materia ensayada, la sustancia que se pesa, en un acto que, no obstante el emblema de la balanza, es en él menos instrumental que el practicado por Galileo. Es más una ponderación manual, una manipulación, una conformación. Montaigne entendía eso de «pensar con las manos», pues sus manos estaban siempre en movimiento, aunque se declarara incapaz de cualquier trabajo manual. Hay que saber, por junto, meditar y manipular la vida. No hace falta que recuerde estas maravillosas líneas: «¿Qué hay de las manos? Pedir, prometer, llamar, despedir, amenazar, orar, suplicar...» (Me detengo al comienzo de la prodigiosa lista en la cual Montaigne enumera los actos de que son capaces nuestras manos). A pesar de ciertas declaraciones, privilegiadas por una interpretación intimista, Montaigne no es un ausentista. Este hombrecito, cuyos andares son rápidos y firmes, cuyo espíritu y cuyo cuerpo rehuyen el reposo, se puso siempre a la cabeza de las personas, los cargos públicos, las situaciones peligrosas, para evitar exabruptos e imprudencias. No haré el inventario: el parlamento de Guyenne, la alcaldía de Burdeos, la corte del rey de Navarra. Recorrió por rutas inseguras

ras Francia, Italia, Suiza, Alemania; llegó a Roma y a su curia pontifical. Estuvo cerca de hambrunas y pestes, conoció brevemente la cárcel de Ligeurs (París); se unió a los ejércitos reales en campaña y no se sustrajo a los peligros omnipresentes: guerra civil, emboscadas, bandidaje. Admira la extraversion de este escritor que querrá, por su parte, pintarse a sí mismo. No dejó de observar los desórdenes del mundo. Supo ver perfectamente que los diferendos metafísicos y teológicos carecen de solución, salvo puñales y hogueras, y que la realidad evidente que debemos evitar está constituida por el conflicto violento entre los adeptos de creencias y partidos antagónicos. El *¿qué sé yo?* de Montaigne concierne a nuestro poder de probar la verdad de los dogmas y de alcanzar las esencias ocultas, pero no a nuestro deber de hacer prevalecer unas leyes protectoras que dejan a cada persona, a cada comunidad, la libertad de honrar a Dios conforme a las exigencias de su íntima convicción. Montaigne nada eludió de cuanto le rodeaba. Si por momentos fue más espectador que actor, habló tan lúcidamente que provocó la conmiseración activa por medio de la palabra, en el sentido de la tolerancia religiosa y la moralidad política. Se comprometió con los católicos y el rey, pero sin cegarse con los excesos de su propio partido y sin romper con Enrique de Navarra y los protestantes. Muchos intelectuales de hoy, para quienes el compromiso consiste en firmar manifiestos y bajar a la calle sin mayor riesgo, no han sabido conservar una equidad comparable.

Montaigne hace el ensayo del mundo, con sus manos y sus sentidos. Pero el mundo se le resiste y esta resistencia, por fuerza, la percibe en su cuerpo, en el acto de aprehensión. Y en este acto, ciertamente, Montaigne siente la presencia del objeto, pero a la vez el esfuerzo de su propia mano. La naturaleza no está fuera de nosotros, sino que nos habita, se da a sentir en el placer y el dolor. En su propio cuerpo, Montaigne ensaya los ataques de la enfermedad. A veces, la naturaleza, tan benevolente en su maternal solicitud, nos recuerda los límites que nos ha impuesto. Es la otra cara de su ley, de la ley de Dios, al cual, según las palabras de Shakespeare, tan cercano a Montaigne, «debemos una muerte». Montaigne le ha prestado la más aguda atención. Cuando sufre sus atroces cólicos de vejiga, debidos al mal de la piedra, intenta divertir su pensamiento (es el método que preconiza en uno de sus ensayos), mas no sin experimentar la curiosidad de afrontar el dolor, en su mismo hogar, allí donde clava su peor aguijón. «Toco donde más me duele... Si me practican cauterios o incisiones, quiero sentirlos». Cuando se desmaya al caer del caballo, es para espiar, en cuanto puede, sus estados de semiconsciencia en los que se imagina alcanzando ya a la muerte, jugando a la agonía. De tal suerte, habrá de morir después del ensayo general de su muerte, de su ejercitación. Hasta llegó a ordenar que interrumpieran su sueño, para que pudiese *entreverla*. El ensayo, en Montaigne, es, entonces, también, la mirada vigi-

lante que no cesa, con la cual observa los eventos de la enfermedad, y que le permite duplicar cada afección corporal con su eco en la consciencia. Montaigne no se olvidó de gustar la vida, con la misma atención que prestaba al mundo y a los libros, a la voz de los amigos más cercanos y a los lamentos más lejanos. Escuchó a su cuerpo con la misma apasionada intensidad con la cual algunos de nuestros contemporáneos, los que reducen el universo a este último refugio de la angustia y el gozo viscerales.

* * *

Pero no se detiene allí, todavía, la actividad del ensayo. Lo que se pone a prueba, precisamente, es el poder de ensayar, de poner a prueba, la facultad de juzgar y de observar. Para cumplir plenamente con la ley del ensayo, el ensayista debe ensayarse a sí mismo. En cada ensayo dirigido a la realidad externa o a su cuerpo, Montaigne experimenta sus propias fuerzas espirituales, su vigor y su insuficiencia. Éste es el aspecto reflexivo, la vertiente subjetiva del ensayo, en el cual la consciencia de sí se despierta como una nueva instancia del individuo, instancia que juzga la actividad del juicio, que observa la capacidad del observador. Desde su aviso *Al lector*, abundan las declaraciones en las que Montaigne asigna un papel primordial al estudio de sí, a la autocomprensión, como si el beneficio buscado por la consciencia fuera echar luz sobre el yo, para sí mismo. En la historia de las mentalidades, la innovación es tan importante que se ha complacido en saludar en los *Essais* el advenimiento de la *pintura del yo*, al menos en lengua vulgar. En efecto, Montaigne fue precedido por los autobiógrafos religiosos y por Petrarca, pero en latín. En esto se advirtió su principal mérito, su novedad más tocante. Pero lo que importa es remarcar que Montaigne no nos ofrece ni un diario íntimo, ni una autobiografía. Se pinta mirándose al espejo, es cierto, pero más a menudo todavía, se define indirectamente, como olvidándose, expresando su opinión. Se pinta con toques dispersos con motivo de asuntos de interés general: la presunción, la vanidad, el arrepentimiento, la experiencia. Se pinta hablando de la amistad y la educación, se pinta meditando sobre la razón de Estado, evocando las matanzas de los indios, cuestionando las confesiones obtenidas bajo tortura en los procesos criminales. En el ensayo según Montaigne, el ejercicio de la reflexión interna es inseparable de la inspección de la realidad exterior. Después de haber abordado las cuestiones morales, escuchado las sentencias de los autores clásicos, afrontando los desgarros del mundo actual, al tratar de comunicar sus *cogitaciones*, se descubre consustancial a su libro, ofreciendo una representación indirecta de él mismo, que sólo pide completarse y enriquecerse: «Yo soy la materia de mi libro».

A los que reprochan a Montaigne su complacencia egocéntrica (efectivamente, escribió «Me enrolló en mí mismo», bella imagen del repliegue narcisístico) hay que observarles que a menudo olvidan reconocer la contrapartida de este interés dirigido al espacio interior: una infinita curiosidad por el mundo exterior, por la proliferación de lo real y por los discursos contradictorios que pretenden explicarla. Es a partir de aquí desde donde se siente reconducido hacia sí mismo, es decir, hacia las certezas inmediatas de la vida personal: espíritu, sentidos y cuerpo, estrechamente mezclados. Define su libro como «un registro de los ensayos de mi vida», como si no hubiese tenido otra preocupación que escucharse vivir, sufrir, gozar, en una interrogación continua. Pero los ensayos de su vida, al desbordar su existencia individual, conciernen a la vida de los otros, que él no puede separar de la suya. Me gustaría que los hombres de nuestro tiempo recordaran la sugestión de Montaigne: «Hay que tomar partido por aplicación de un designio... Y mi palabra y mi fe son piezas de este cuerpo común que está presente: su mejor efecto, lo doy por sentado, es el servicio público». A continuación, fija sus condiciones: «No siempre es placentero para un hombre de bien servir a su rey y a la causa general de las leyes». Y más aún: «Es pagar cara una conjetura hacer quemar vivo a un hombre». He allí, pronunciadas claramente y en alta voz, las lecciones de compromiso, de resistencia civil, de tolerancia. Lo que está en cuestión no es aquí el autorretrato, sino la obligación cívica y el deber de humanidad. Sólo en unas propuestas tan generales y que tocan tan vivamente al lector que aún hoy nos comprometen a una decisión moral, Montaigne se expresa por añadidura, y sabe que lo hace. Al igual que he visto la experiencia del mundo en el mismo origen de la mirada introspectiva, reconozco el paso, la voz, el gesto de Montaigne y sobre todo su experiencia interior, de la insuficiencia de la razón especulativa, cuando enuncia de una manera tan persuasiva una regla de conducta que concilia la «amistad que cada quien se debe» y la amistad que debemos a todos los hombres y, más ampliamente todavía, a cuanto vive. ¿Habría ejercido Montaigne semejante seducción en el curso de las generaciones, sobre tantos lectores y escritores, si no hubiera hallado el secreto de conjugar la confidencia personal, la experiencia de los libros y los autores y, sobre pruebas directamente ensayadas, el aliento a la compasión, al valor sin fanfarronería, al legítimo y reconocido gozo de vivir? Reunir de tal manera la vertiente objetiva y la subjetiva del ensayo no es tan fácil y Montaigne no lo consiguió de una sola vez. He creído haber podido mostrar al menos tres tipos de relaciones con el mundo experimentadas por él, al ritmo de un movimiento repetido, como el de un pasacalle o una chacona. La dependencia sufrida, luego la voluntad de independencia y reapropiación, finalmente la interdependencia aceptada y «los oficios mutuos».

Para terminar, hay un último ensayo que debo mencionar, un ensayo acumulativo. La última puesta a prueba es el ensayo del habla y la escritura, que reúne las tres suertes de ensayos que acabo de evocar, que les da forma y los reagrupa. Escribir, para Montaigne, es, de nuevo y una vez más, ensayar, con fuerzas siempre renovadas, con un impulso primario y primigenio, para tocar al lector en lo vivo y arrastrarlo a pensar y a sentir más intensamente. A veces, para sorprenderlo, escandalizarlo y provocar su réplica. Montaigne, escribiendo, quería conservar algo de la viva voz, y sabía que «el habla pertenece por mitades a quien dice y a quien escucha».

El ensayo culmina, entonces, en Montaigne, en los abandonos y las astucias del lenguaje, en los entrelazados de los hallazgos y los préstamos, en los añadidos que afluyen y enriquecen, en el bello efecto de las sentencias, en el desaliño y el desgaire dirigido de las disgresiones, que forman prolongaciones multiplicables.

Se ha creído, muy erróneamente, que se puede abrir el volumen de Montaigne en cualquier página, y leer dos o tres frases, a pequeños sorbos, siempre con sorpresa y provecho. Montaigne, por el contrario, no es un autor del que se deba aprovechar más que de otros. Cada capítulo y —Butor lo ha mostrado muy bien— cada libro, y la obra en su conjunto, poseen una estructura, un plan arquitectónico disimulado. Pero en cada página, en cada párrafo, es verdad, la arista es tan afilada y el golpe tan decidido, que sentimos estar en el tiempo de la partida, del comienzo. Tal es la suerte merecida por los libros cada una de cuyas frases ha sido escrita con placer.

Quisiera insistir, para completar mis definiciones, en un punto capital. El ensayo es el género literario más libre. Su ejecutoria podría ser la frase de Montaigne que ya he citado: «Voy inquiriendo e ignorando». Agregaría por mi cuenta: sólo un hombre libre o liberado puede inquirir e ignorar. Los regímenes serviles prohíben inquirir e ignorar o, al menos, reducen estas actitudes a la clandestinidad. Estos regímenes intentan imponer a todos un discurso sin fallas y seguro de sí, que nada tiene que ver con el ensayo. La incertidumbre es, a sus ojos, un indicio sospechoso.

Roger Caillois, hablando de las dificultades que encontró como redactor jefe de *Diogène*, revista internacional de filosofía y de ciencias humanas, me decía que recibía desde los países totalitarios unos textos que podían considerarse como informes, procesos verbales, declaraciones de principios, comentarios al dogma, pero nunca ensayos, en tanto el ensayo supone riesgo, insubordinación, imprevisión, peligrosa personalidad. Creo que la condición del ensayo, y su materia misma, es la libertad del espíritu. La fórmula puede parecer un tanto enfática, pero la historia contemporánea, por desgracia, se encarga de enseñarnos que es un bien no compartido comúnmente.

Vuelvo sobre algunas preguntas más apremiantes. Pascal, criticando a Montaigne, aunque reconociéndole sus méritos, lo calificaba de incomparable y es verdad que Montaigne ha sostenido una apuesta: aparecer como único. No por ello nos dispensa de compararnos con él y de preguntarnos humildemente a nosotros, los modernos que escribimos ensayos –y hasta ensayos sobre Montaigne ¿por qué no?– si hemos sabido conservar, practicando el ensayo, la preocupación por el riesgo, la apertura y los sentidos múltiples, de todo lo cual nos ofrece ejemplos. Me pregunto: ¿he ido al encuentro de mi mundo como Montaigne fue al encuentro del suyo? He tenido el deseo de hacerlo, pero apenas lo he cumplido de manera indirecta, por reacción, a través de Kafka, Rousseau y Montaigne, o de los emblemas revolucionarios y la edad neoclásica. He creído que se podía ayudar a los hombres de hoy hablándoles de las obras lejanas y olvidadas, traicionadas, del cual nuestro mundo, no obstante, ha surgido. ¿He tenido la audacia de presentarme, como Montaigne, «de pie y acostado, por delante y por detrás, a izquierda y a derecha, en todos mis recodos naturales»? Aquí también, lo confieso, he vacilado en seguir su ejemplo, salvo en la manera, también indirecta, de hablar de sí mismo hablando de otro, lo cual es inevitable. ¿No dijo Montaigne: «Todo movimiento nos descubre»? Pero pienso, por ejemplo, en Marcel Raymond, que supo abandonar el ensayo crítico por la poesía, el diario íntimo y la autobiografía. La obra crítica, tributaria de otra obra a comentar, era un marco demasiado estrecho para lo que tenía que decir en nombre propio y conforme a la autoridad de su experiencia íntima.

Montaigne, argumentaba, a su manera, citándolos puntualmente, sobre los autores que había leído; no se ligaba a ninguno, salvo para compararlos cuando le daba gusto hacerlo, evaluando en algunos párrafos sus respectivos méritos. Hay en Montaigne literatura comparada, crítica literaria. Montaigne se sirvió de Plutarco y de Séneca sin escribir un libro, siquiera un capítulo, sobre ninguno de ambos. Su estética es la mezcla. Pero el ensayo literario, tal como se lo practica habitualmente hoy, se sirve de ella de otra manera: sigue el paso de un solo escritor, lo sigue en sus movimientos, se instala en su consciencia, lo escucha de modo privilegiado, etc. La comparación, decididamente, no nos resulta favorable. ¿No hay, por nuestra parte, una vitalidad menor, un gusto más restrictivo por el orden y la unidad intelectual?

Hay que reconocer que el ensayo crítico actual deriva, en ciertos aspectos, de la glosa, del comentario, de esta «interpretación de las interpretaciones» de la cual ya se burlaba Montaigne, no sin ironizar un poco sobre sí mismo. Pero es verdad que nuestro paisaje es diferente. ¿Cómo podría ignorar un ensayista contemporáneo la presencia masiva de las ciencias humanas, en plural: lingüísticas, sociológicas, psicológicas, etc., que ocu-

pan la mayor parte de la escena intelectual? Y aunque tuviéramos dudas –y las tengo– sobre su pleno carácter científico, y aún sobre su aptitud para encaminar adecuadamente la búsqueda de sentido en una vida o una obra, no puedo abstraerme de lo que me enseñan y que deseo, a la vez, conservar y superar en un esfuerzo cada vez más libre y más sintético. Se trata, como se ve, de sacar el mejor partido de tales disciplinas, de aprovechar todo lo que estén en condiciones de ofrecer y, finalmente, de procurar que avancen, con libertad y reflexión, en su favor y en el nuestro. La tarea, pues, no es quedarnos en lo que las ciencias humanas, con su lenguaje impersonal o aparentemente tal, son capaces de revelar estableciendo relaciones controlables, describiendo estructuras exactas. Éste es el material que deberemos orquestar en nuestra lengua personal, a todo riesgo. Nada disculpa elaborar un saber sobrio y escrupuloso, pero a condición de que dicho saber sea asumido por el placer de escribir y, sobre todo, por el interés vivo con que tomemos la consideración de los objetos del pasado, confrontados con el presente, donde no estamos solos ni queremos estar solos. A partir de una libertad que escoge sus objetos, que inventa su lenguaje y sus métodos, el ensayo, en el límite ideal donde sólo *ensayo* concebirlo, debería saber aliar ciencia y poesía. Debería ser, a un tiempo, comprensión del lenguaje del otro e invención de un lenguaje propio; escucha de un sentido comunicado y creación de relaciones inesperadas en el corazón del presente. El ensayo, que lee el mundo y se da a leer, reclama la puesta en obra simultánea de una hermenéutica y de una audacia aventurera. Cuanto mejor perciba la fuerza actuante de la palabra, mejor actuará en su momento. De ello resulta una serie de exigencias casi imposibles de satisfacer enteramente. Formulémoslas, de todos modos, para terminar, a fin de contar con un imperativo que nos oriente: el ensayo debe siempre estar atento a la respuesta precisa que las obras o los hechos interrogados devuelven a sus preguntas. No debe romper nunca su servidumbre a la claridad y belleza del lenguaje. Por fin, cuando llegue el momento, el ensayo soltará amarras e intentará a su vez ser él mismo una obra, con su propia y temblorosa autoridad.

Jean Starobinski

Traducción de Blas Matamoro